

decir, no recuerdo la última vez que estuvimos juntos. Seguro que terminaremos arreglándolo como si no hubiera pasado nada, pero ya me he cansado de intentarlo: siempre tiene el plato en la mesa, me encuentra en casa cuando llega de trabajar y ¿qué recibo a cambio? Que cada vez pase menos ratos en el piso y yo cada vez me sienta más sola.

Es uno más de mi familia, diez años dan para mucho, pero me están empezando a faltar las fuerzas para seguir adelante.

Suena la alarma del despertador. Las siete. Me desperezco y voy al baño, lo primero que hago cada mañana, y mis pensamientos vuelven a recordar lo sola que estoy, pero por suerte mañana viene María para pasar el finde de la semana del cava y no me sentiré así. Ella me hará compañía, pero no sabe nada de los problemas entre Jorge y yo, me cuesta hablar de mí misma cuando las cosas no van bien en mi vida, y de momento así seguiré; yo me lo guiso y yo me lo como.

Es viernes y ya estoy en la estación esperando a María, la veo bajar del tren, tropieza y un chico la ayuda con la maleta; es que despierta pasiones por donde pisa. Viene casi corriendo, qué suerte que esté aquí, y la abrazo un poco más fuerte de lo normal, la necesito a mi lado para no sentirme sola, por suerte ella no se da cuenta.

—¡Hola, María! Qué bien que ya estés aquí.

—El viaje se me ha hecho larguísimo de las ganas que tenía de llegar.

—Pues perfecto, en una hora hemos quedado con Laura y Cristina, vamos a dejar la maleta en mi casa, nos cambiamos y vamos.

—¿Tienes fiesta esta tarde?

—Sí, hoy he ido temprano por la mañana y la tarde del viernes de inauguración de la semana del cava es muy tranquila, todo el mundo se encuentra bien y no se acuerdan de ir a la farmacia.

Llegamos al piso y Jorge todavía no se ha ido; se saludan.

—Pero ¿dónde vas con ese maletón? ¿Te mudas aquí?

—No, que me voy a la Toscana, ¿no te acuerdas? El domingo Beth me lleva al aeropuerto.

—Tienes razón, bueno, me voy con los chicos a tomar una cerveza, nos vemos en la cena.

Y se va del piso, ni dos minutos ha aguantado con nosotras, lo raro es que estuviera aquí cuando hemos llegado, pero, bueno, me da igual, no quiero amargarme.

Veo que María me mira. Mierda, ha debido notar algo.

—¿Cómo estás? Las chicas me han dicho que últimamente no sales con ellas, desde el último fin de semana que estuve aquí no te han visto.

—Yo estoy bien, lo que pasa es que tenemos mucha faena en la farmacia; mi padre no se encuentra muy bien e intento sacarle faena de encima, la que me deja, hace días que le digo que tiene que ir al médico, pero no hay manera.

—¿Y tía Montse qué dice?

—Está cansada de decírselo y al final dice que ya es mayorcito para tener que llevarlo de la oreja. Ya sabes que mi padre y las agujas no se llevan bien.

—Sí, algo increíble para ser farmacéutico.

—No te pienses, él no usa ninguna aguja, solo las vende.
—Y nos echamos a reír.

Ya en el bar de la Rambla esperamos a Cristina, que llega la última, pero espectacular, como siempre.

—¿Qué planes tenemos para el fin de semana? —dice ella.

—Hoy cenamos todos juntos con los chicos y...

—Mañana a ver a Jordi Cruz en la plaza del ayuntamiento
—se apresura a remarcar.

—¿En serio te gusta Jordi? Qué escondido lo tenías. —Y nos reímos todas.

—Ya sabéis que la cocina no es lo mío, pero por él haría un cursillo intensivo de alta cocina siempre que él fuera el profesor.

Me suena el móvil, un mensaje de Jorge, que me dice que al final los chicos y él se van a cenar a Vilafranca, que aquí estará todo lleno y que nos veremos en casa.

—¿Qué pasa, Beth? Te ha cambiado la cara —me pregunta Laura.

—Nada, es que Jorge me acaba de decir que no cenan con nosotras, que se van a Vila.

—Pero si ya tenemos la reserva hecha del restaurante —se queja ella.

—Pues tendremos que llamar para avisar de que somos solo cuatro —le digo yo.

—Esperad un momento, no tengamos prisa; he quedado con unos amigos dentro de un rato, me iba a escapar yo sola, pero creo que iremos las cuatro. Ya veréis, están todos cañón, los conocí hace unos meses; son amigos de mi hermano, los conoció en un máster de nuevos empresarios y como este fin de semana él no está, me pidió que les hiciera un rato de anfitriona para enseñarles cómo funciona esto de

los *tickets* y la copa, pero creo que nos alegrarán la tarde, que esto parece un funeral.

—Estás como una cabra —le recrimina Laura—, no nos metas en tus ligoteos.

—¡Va, porfi! No seáis así, no os digo que os metáis en la cama con ellos, pero os aseguro que os alegraréis la vista un rato, el problema es que ellos son tres y nosotras, cuatro.

Nos quedamos mirando las tres y levantamos los hombros en señal de rendición, nuestros amigos nos han plantado y Cristina ha encontrado un plan alternativo, pues perfecto, no hay nada de malo en ello.

Estamos caminando por los estands, yo, buscando a Jorge, que no veo por ningún lado. Nos dirigimos al stand de Narsal para que María conozca a su siguiente jefe de prácticas para cuando regrese de la Toscana; ella y Laura están hablando con él y Cristina, pendiente del móvil, les ha enviado la ubicación a sus amigos.

Ahí estoy yo, con Cristina y una copa de cava en la mano, cuando veo a tres chicos que se salen de la media pero que muy mucho. Madre mía, ¿de dónde saldrán estos hombres? Yo creo que los hacen con un molde único y luego los rompen. Jorge no es que esté mal, él se cree muy guapo, a ver, feo no es, pero estos tres salen de la *fashion week* de alguna ciudad importante.

Noto que Cristina hace un gesto con la mano, los está llamando, no me lo puedo creer, ¡gestos son sus amigos! Que me pillen confesada, que una no es de piedra y voy muy necesitada.

Se acercan a nosotras, que decía yo que era alta, pues me siento pequeña a su lado, creo que el más bajito debe medir metro ochenta —aquí se le bajarían los humos a Jorge, no

mide más de metro setenta y uno para ser generosos; soy dos centímetros más alta que él y por eso no le gusta que lleve tacones, pero por suerte hoy me los he puesto.

Cristina los saluda a todos con un beso y ahora llegan las presentaciones, y solo estoy yo porque Laura y María todavía están en el estand.

—Os presento a Beth, mi amiga farmacéutica, ellos son Raúl, Cedric y Daniel.

Se turnan para darme dos besos menos Daniel, que me coge de la mano y se la acerca a los labios como un perfecto caballero, y me la besa.

Dios mío de mi vida, ¡qué descarga noto en todo mi cuerpo! Solo su contacto ya me eriza toda la piel, pero el suave roce de sus labios me remueve todo por dentro, espero que no se note lo descolocada que me he quedado, de hecho, nos quedamos mirando unos segundos que se me han hecho eternos hasta que él habla rompiendo mi atolondramiento.

—Lláname Dan, Daniel solo lo hace mi madre cuando está enfadada conmigo.

—Como tú digas —es lo único que atino a decir; yo no estoy acostumbrada a tener a mi lado a modelos de pasarela, que una no es de piedra, repito para mis adentros.

Se acercan Laura y María, ellos están de espaldas a ellas y no veas los gestos que hacen señalando lo buenos que están; a mí se me escapa una risa tonta mirándolas que hace que se giren los tres a la vez y las vean. Siguen las presentaciones de Cristina y Laura les consigue tres copas más del cava que estamos bebiendo.

Se han apuntado a la cena, así que ya no tenemos que llamar para cambiar la reserva. Después de vaciar una copa, la

llenamos con otro cava diferente, de eso se trata: de probar los diferentes cavas a ver el que te gusta más.

Cristina aprovecha que los tres se han ido a llenar las copas para preguntarnos qué nos han parecido los amigos de su hermano e, inconscientemente, suspiramos las tres.

Laura no tarda en hablar.

—Yo no sé de dónde sacas a tus amigos, pero parecen todos modelos de la revista *Men's Health*.

—Son amigos de mi hermano de verdad, pero sabía que os gustarían, eso sí, os pido que Raúl me lo dejéis a mí, que tenemos algo a medias desde la última vez; con los demás, lo que queráis, aunque creo que Daniel y Beth han conectado muy, pero que muy bien, no te saca el ojo de encima y tú, con toda mi sorpresa, no le cortas como haces con todos.

Me pongo colorada, noto como mis mejillas arden; no puedo decir que no y empiezo a justificarme como si hubiera hecho algo malo.

—Bueno, qué exagerada eres, no hay para tanto. —Pero es más que evidente que Dan no me es indiferente.

—Beth, no pasa nada, hay química que no se puede esconder por mucho que te empeñes —Cristina, siempre directa, da en el blanco.

—No sé qué me pasa, pero me siento atraída por él, no me había pasado nunca, ni con Jorge, pero, y esto que no salga de aquí, por favor, chicas, si estuviera sin pareja, creo que hoy cometería una locura —les reconozco a ellas y a mí misma.

—En serio, no me puedo creer lo que dices, ¡si siempre asustas a los que intentan quedar contigo aunque sea para un café!

—Ay, chicas, no me hagáis caso, locura transitoria, pero tiene un no sé qué que me tiene descolocada.

—Normal, Beth, normal, es un chico guapísimo, alto, rubio, con un cuerpazo de escándalo y encima la ropa que lleva le queda como si estuviera hecha a medida —dice Cristina para quitarle hierro al asunto. Creo que ha notado lo mal que estoy por sentir algo hacia un hombre que no es Jorge.

Vemos cómo los chicos se acercan y cambiamos de tema para que no se den cuenta de que hablamos de ellos.

Suena un teléfono, es el de María; no sabemos quién es y ella responde.

Involuntariamente, se pone la mano al cuello.

—Pues sí, ahora me doy cuenta de que no lo tengo, estamos aquí al lado, ahora me acerco a recogerlo, gracias.

Cuelga.

—Chicas, voy un momento a buscar el pañuelo, que me lo he dejado en el bar, y vuelvo enseguida, a no ser que me secuestre mi príncipe azul de hace diez años, claro está, entonces no me busquéis, que tendré el móvil apagado. —Nos reímos todas por su ocurrencia y los chicos nos miran sin entender nada.

Nos quedamos hablando en el mismo sitio, la verdad es que para ser unos chicos tan guapos no son para nada unos tíos sin cerebro que solo piensan en ellos y en ir al gimnasio. Los tres son hijos de empresarios y sus padres quieren que sigan el negocio familiar, por eso están haciendo el máster donde conocieron al hermano de Cristina.

Al cabo de un rato miro el reloj y veo que ha pasado una hora. María no ha vuelto, miro a mi alrededor por si ha regresado sin que me dé cuenta, pero no está; empiezo a ponerme nerviosa, cojo el teléfono, la llamo y me salta directamente el buzón de voz. Lo intento varias veces y nada, siempre salta el buzón.

—¿Te pasa algo?

La voz de Daniel me hace pegar un salto del susto.

—Perdona, pero tienes cara de preocupada.

—Sí, es María, hace una hora que se ha ido a buscar el pañuelo y no ha vuelto.

—Ella ha dicho algo si no volvía, ¿no?

Me quedo por un momento recordando sus palabras, pero no puede ser, sería increíble que diez años después se hubieran reencontrado, pero ella ha dicho que, si era así, desconectaría el teléfono. Hablo con las chicas y nos acercamos al bar de Silvia para preguntarle.

—Sí, ha venido ya hace rato; luego, se ha ido con alguien.

—¿Con quién? —le pregunto yo un poco brusca.

—No sé, Beth, era un hombre alto, pero estaba de espaldas y yo en ese momento tenía el bar a tope, no me he fijado.

—¿Pero ella estaba bien?

—Sí, supongo, estaba muy liada yo, pero no se fue a la fuerza, hubiera gritado, digo yo.

—Vale, supongo que sí.

Vuelvo a llamarla y el buzón salta de nuevo, esperamos que no le haya pasado nada.

Con tanto revuelo se nos ha hecho la hora de la cena, entramos en el restaurante y me hago la remolona para no sentarme al lado de Daniel; no creo que cenara nada con ese hombre a mi lado. Se sienta en un lado de la mesa y yo voy al contrario, cuanto más lejos, mejor, además, no puedo dejar de pensar en María, ¿dónde se habrá metido?

Están sirviendo los cafés cuando Laura se levanta para ir al baño con Cristina, momento en el que sin darme cuenta Daniel se sienta a mi lado.

—¿Qué te ocurre? Has estado toda la cena sin apenas decir nada.

Me ha estado observando, yo lo miraba con el rabillo del ojo, pero ninguna de las veces lo he pillado mirándome. Noto como me pongo colorada al segundo, no entiendo que a mis casi treinta años aún me sonroje como una niña, qué rabia me da.

—Estoy preocupada por mi prima, ella no actúa así nunca, es bastante racional, no se iría con el primero que pasara y sin decir nada.

Oportunamente, suena mi móvil: un mensaje. Lo abro.

María:

Estoy bien, lo siento mucho.

Estoy con mi príncipe azul.

Mañana te cuento. Besos.

—Pero no puede ser, es increíble. —Niego con la cabeza en señal de incredulidad.

Le enseño el móvil a Daniel y se ríe.

—¿Ves cómo todo tiene una explicación? No tenías por qué preocuparte.

Laura se acerca a la mesa y él se levanta para sentarse en su sitio; cuando se ha levantado, he notado como si un vacío se instalara a mi lado, qué sensación más extraña.

Les cuento a las chicas que María está bien, con su príncipe azul incluido, y que ya nos podemos ir a tomar algo, pero algo dentro de mí me previene de que no es buena idea. Decido irme a casa, estoy de guardia y es la excusa perfecta para retirarme o, mejor dicho, huir de mí misma; en estos momentos estoy muy baja de moral y podría hacer algo de lo que me arrepintiera después.

Aprovecho que pasamos por debajo de mi casa para despedirme.

—Bueno, yo me quedo aquí, mañana estoy de guardia y me levanto temprano. —Veo cómo Daniel se mueve y quiere acercarse a mí, por lo que añado—: Seguro que Jorge me está esperando con la cama calentita. —No sé por qué digo esto, pero necesito que Daniel no se acerque más, y funciona, en lugar de acercarse, se aleja.

Nos despedimos con un adiós general, no sin antes ver una cara de desaprobación por parte de Cristina, ella sabe que lo he hecho a posta, pero no puedo hacer otra cosa, yo estoy con Jorge.

La realidad por supuesto es otra, llego a casa y mi cama está vacía, no hay nadie dentro que me espere, como está siendo lo habitual.

El sábado está siendo muy tranquilo en la farmacia, la gente está de resaca y la faena llegará más tarde.

Estoy metiendo el pedido en la rebotica cuando me suena el móvil, es María, menos mal que da señales de vida.

—Hola, ¡estoy viva! —me dice en tono alegre.

—Porque no sé dónde estás, si no, ¡ya te digo que viva no estarías! Tú sabes el disgusto que llevo, que no sé nada de ti desde ayer por la tarde. Le he tenido que mentir a mis padres esta mañana y decirles que estabas muy cansada y que te habías quedado dormida en casa.

—Lo sé y lo siento, espero que no hayas tenido problemas en casa, pero por una vez en mi vida me he dejado llevar por

mi corazón y no por mi cabeza como siempre hago, ya lo sabes. No me riñas, por favor, que es el fin de semana más maravilloso de mi vida.

Ella escucha mi bufido a través del móvil.

—Está bien, ya dejo de comportarme como una madre, pero ya puedes explicarme qué ha pasado y dónde estás.

Me cuenta con todo detalle la maravillosa velada que ha pasado con él, se la oye tranquila y a gusto, hace mucho tiempo que no la oigo tan feliz.

Ya cuando ha terminado y nos despedimos, le saco el tema del viaje.

—Entonces, mañana, ¿cómo lo harás, vienes a buscar el equipaje y te lleva él mismo o te llevo yo al aeropuerto?

—La verdad es que ni he pensado en el viaje, te aseguro que, si pudiera, lo retrasaría, pero ya sé que no puedo y no le haría quedar mal a Laura por nada del mundo, se ha portado muy bien conmigo consiguiéndome estas prácticas. Tampoco hemos hablado del tema, no sé ni por dónde empezar a explicarle que mañana me tengo que ir de viaje durante casi tres meses... Ya viene, después te llamo y te confirmo. Adiós.

Corta la llamada.

Me quedo pensativa un momento, me alegro mucho por ella, de verdad que se merece por fin a su príncipe, al menos, que una de las dos sea feliz.

Ya he terminado con el pedido y estoy ordenando la zona de cosmética de la farmacia, en breve vendrá la avalancha de gente.

Estoy de espaldas a la puerta y por eso no veo quién entra por ella, noto una presencia detrás de mí que hace que me gire. Se me cae una de las cremas que tengo en las manos, pero sus reflejos la paran y evita que se caiga al suelo.

—Buenos días, ¿necesitas que te ayude con eso?

Mis manos de repente se han vuelto de gelatina y mis piernas, también.

—¡Hola! Gracias por evitar el desastre, es que... no esperaba verte por aquí —digo como una tonta.

—Bueno, vengo a buscar algo para la resaca. —Me río, su presencia me pone de buen humor.

—No será para ti, no tienes pinta de tener resaca —le digo riendo. Pero él se me queda mirando con esa mirada penetrante que me descoloca, si ya me lo digo yo, que soy una bocazas.

—¿Y de qué tengo pinta?

A ver qué respondes a eso, lista, más que lista. De dios griego, le diría, o para mojar pan; mi subconsciente me la está jugando y la falta de sexo, también, pero tengo que disimular, así que hago como si no lo hubiera escuchado y voy directa a por las pastillas.

—¿Para Cedric o Raúl? —le pregunto al final.

Su media sonrisa delata que ha notado mi incomodidad, pero sigue hablando.

—Para Cedric, ayer al final nos tuvimos que quedar en casa del hermano de Cristina, no estábamos en condiciones de coger el coche y él ya nos había ofrecido su casa, supongo que se imaginaría cómo acabaríamos.

—Seguro, es que no lo parece, pero vas sumando copas y al final pasan factura.

—Sí, y Raúl tampoco tenía muchas ganas de irse.

—Me imagino que acabaría la noche con Cristina, después la llamaré para cotillear un poco.

Nos miramos de nuevo, parece como si quisiera hablarme solo con sus ojos y yo tengo la sensación de que los míos le

dicen más de lo que yo quiero. Nos observamos en silencio hasta que él lo rompe.

—Veo que trabajas con la marca Phas de cosmética, toda la línea, con maquillaje incluido.

—Sí, ¿la conoces? Según Alexandra, que es la comercial, somos clientes VIP.

—Es muy buena marca, yo gasto sus productos.

Así tiene esa cara de adonis tan perfecta, algún secretillo debía de tener.

—Pues pocos hombres admiten ponerse cremas.

—¿Por qué? ¿No os las ponéis vosotras?

—Si no digo que no se las pongan, pero no lo admiten así, abiertamente.

Se queda mirando todo el stand que tenemos de esa marca durante unos segundos y se gira hacia mí.

—Peor para ellos, por cierto, ¿sabes algo más de tu prima?

—Sí, está bien, gracias por preguntar; hace un rato me ha llamado, está feliz de la vida y yo ayer, tan preocupada por ella.

—Ella te lo advirtió.

—Sí, pero te juro que no me lo hubiera imaginado.

—¿Y tú? ¿Te encontraste la cama calentita?

Me quedo paralizada, bloqueada, y otra vez esa mirada penetrante que hace que se me ericen partes del cuerpo que ni sabía que existían. Cómo no, le miento, necesito alejarlo de mi zona de confort.

—Por supuesto que sí, ya me estaba esperando.

Se queda callado e incluso puedo ver cómo aprieta los dientes, pero ha sido solo un segundo y vuelve a poner su cara de niño bueno.

Sin darme cuenta, poco a poco la farmacia se ha ido llenando de clientes, ha llegado la hora punta, y en estos momentos me va genial, la excusa perfecta para despedirme.

—Lo siento, tengo que atender a la gente.

—¿No puedo entonces invitarte a un café?

—Ahora mismo imposible, luego a la tarde, si estáis aún por aquí, nos lo tomamos todos juntos —es mi manera de preguntarle si luego nos veremos.

—Me temo que nos vamos dentro de un rato, esta noche es la cena de final de máster y nos quedamos en Barcelona.

Esto suena a despedida, espero que no me note el bajón que me ha entrado y no sé por qué, la verdad, pero saber que no lo veré nunca más ha hecho que mi día se vuelva gris de repente —aunque hay un dicho que me encanta que dice nunca digas nunca jamás.

Sin esperarlo me vuelve a coger la mano, me la besa como hizo ayer al conocernos y, cómo no, un latigazo de placer recorre todo mi cuerpo; a mi pesar, veo cómo desaparece por la puerta.

Capítulo 2

Este sábado va de mal en peor; he tenido una mañana complicada. A primera hora estábamos solos en la farmacia y después ha sido un no parar, suerte que me había preparado un táper para comer y así he evitado ir a mi casa. No tengo ganas de pelea, bueno, pelea, no, sería silencio, como si fuéramos dos desconocidos que viven bajo el mismo techo. Ahora que estoy sola aquí en la rebotica, me da por pensar qué estoy haciendo con mi vida, otra vez tengo la necesidad de aclarar mis ideas y pensamientos: ¿de verdad vale la pena seguir luchando por algo que creo que está roto o herido de muerte? ¿Cuándo sucedió exactamente? Pues no lo sé, pero así es; ya no tengo ganas de seguir apostando por una relación que no nos lleva a ningún sitio.

Miro el anillo que me regaló las primeras Navidades que estuvimos juntos, un anillo sencillo de oro amarillo con unas circonitas a su alrededor. En su momento me pareció el más bonito, no me lo esperaba, apenas llevábamos tres meses juntos y me sorprendió, y mira ahora, diez años después —¿qué día es hoy? 7 de octubre— mañana cumplimos una década juntos y ni siquiera hemos hablado de celebrarlo, de ir a cenar los dos juntos como hacemos siempre: buscamos un restaurante al que no hemos ido nunca y hacemos la reserva; en los postres, nos damos los regalos que nos hemos comprado, pero este año no le he comprado nada y estoy

segura de que él, menos. Esta situación es insostenible, yo me he cansado de luchar por esta relación. Esta noche tenemos que hablar, esto no puede seguir así, yo no lo aguanto más.

El sonido del timbre me avisa de que ha entrado alguien y hace que vuelva a la realidad, aunque aún no sepa la que es.

Por fin he llegado a casa, son más de las diez; hoy he hecho mi récord: he abierto y he cerrado yo, pero al menos cuando estoy con la gente, no tengo tiempo de pensar en mi vida.

Cristina me ha llamado hace un rato y me ha contado lo bien que se lo pasó con Raúl anoche, qué envidia sana, sin compromisos y poder hacer lo que quiere cuando quiere, pero, como siempre, me he escudado en la farmacia para decirle que hoy no saldría, que he estado desde las ocho aquí y que estoy muy cansada. Tengo que hablar con ellas, no saben nada de lo que me pasa con Jorge porque me cuesta horrores hablar de mí misma, yo soy más de escuchar a mis amigas, pero esto no me lo puedo guardar mucho más o voy a explotar —en mi cabeza veo a mi personaje como si fuera un dibujo animado al que le explota la cabeza cómicamente—. Estoy fatal, he llegado a un punto de no retorno.

Entro en el piso y llamo a Jorge; no obtengo respuesta. Voy a la habitación y está todo tal y como lo he dejado esta mañana, hoy no ha venido a dormir, algo me sube por la garganta, no sé si son ganas de llorar o vomitar por los nervios que tengo en el estómago. Lo esperaré despierta, esto no puede seguir así.

Estoy mirando una peli de las mías, romántica a más no poder y no paran de bajarme las lágrimas viendo que lo que les pasa a los protagonistas no se parece en nada a lo que me pasa a mí. El móvil me suena, es María; quedamos el domingo en el bar de Silvia a las ocho, tengo que avisar a Laura, que también nos acompañará. A ella le mando un mensaje porque no tengo ganas de hablar con nadie y, esperando a que llegue Jorge, me quedo dormida en el sofá.

Me despierto con la alarma que puse ayer en el móvil y voy a la habitación, supongo que Jorge ha llegado y no ha querido despertarme, pero no, la cama sigue estando como la dejé ayer por la mañana y yo cada vez me siento con menos ganas de luchar.

Me visto en veinte minutos, hemos quedado. Me maquillo, más que nada para tapar estas ojeras de no haber dormido bien, y salgo por la puerta con la maleta de María para cargarla en el coche.

Me siento en la mesa de siempre y pido un café con leche, Laura no tarda en llegar y pide lo mismo, no hay ni rastro de María, Laura me mira a los ojos y se asusta.

—¿Qué te pasa, has estado llorando?

—He pasado mala noche.

—Has discutido con Jorge, últimamente, no le vemos el pelo.

—Ni yo. —No puedo seguir ocultando lo evidente, no tengo fuerzas para seguir aparentando que todo va bien, necesito desahogarme con ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que desde el viernes, que se fue con sus amigos, no ha aparecido por casa, no sé dónde está y tampoco lo he llamado para saberlo.

—Pero, ¿tan mal está la cosa?, pensaba que era un poco la crisis de los diez años.

—Tiene gracia, hoy justo cumplimos diez años juntos y mira, cada uno por su lado.

—Esto de no dormir en casa, ¿desde cuándo ocurre?

—No es solo eso, son muchas cosas, Laura. No sé decirte desde cuándo; hace unos meses discutimos, llegamos a gritarnos a pleno pulmón, ya sabes que, si me enfado, a mí me cuesta poco gritar, hay veces que me saca de mis casillas. Estuvimos más de una semana sin hablarnos. —La cara de mi amiga es de sorpresa total, ella no se esperaba nada y yo continúo sacando todo lo que tengo dentro, o casi todo; hay cosas que las reservo para decírselas a la cara a Jorge.

Miro hacia la puerta y veo que entra María.

—Por favor, Laura, a mi prima no le digas nada, se marcha hoy y solo faltaría amargarle el día con lo feliz que se la ve.

—No te preocupes, que yo no le diré nada, pero alegre un poquito la cara, que se ve que te pasa algo.

Con todo el ánimo que puedo, pongo mi mejor cara, aunque cuando veo la suya, no me cuesta tanto como esperaba, irradia felicidad, tiene una mirada iluminada por el amor y algo más —que las mejillas coloradas y los labios hinchados no los provoca el amor platónico, me río de mí misma.

—Chicas, no sabéis lo feliz que estoy ahora mismo, es como si estuviera en una nube y nada ni nadie me podría hacer bajar de ella. Estoy enamorada, he encontrado al hombre de mi vida y tengo un miedo terrible que esta separación pueda enfriar lo que Martín siente por mí.

—Ni que lo negaras, se ve a la legua lo feliz que estás. Anda, vayámonos al aeropuerto y en el coche nos cuentas, que llegas justa para coger el avión.

El fin de semana que nos cuenta María es de cuento, todo perfecto con su príncipe azul incluido, todo lo contrario de lo que siento yo. Aparcamos en el garaje de al lado de la terminal para ir más deprisa, ya que el vuelo sale en breve. Corremos las tres hasta donde podemos acompañarla y allí nos despedimos rápido; ya están llamando su vuelo para embarcar. Gritando para que me oiga, le digo:

—Llama cuando llegues para saber que estás bien.

—Luca te esperará en el aeropuerto —le grita también Laura.

Nos hace la señal con el dedo conforme nos ha escuchado y la vemos desaparecer entre la gente, corriendo.

—Vamos, te invito a otro café, lo necesitamos para afrontar este día —me dice mi amiga, y es cierto, no sé cómo acabará, pero algo tiene que cambiar, ya sea para bien o para mal.

Apenas nos hemos sentado en la cafetería del aeropuerto cuando suena mi móvil.

—Es María —le digo a Laura—. Seguro que se ha dado cuenta de que se ha dejado algo. —La pongo en altavoz porque me parece escucharla llorar—. Hola, ¿qué pasa, María, estás bien?

—Nooo, acabo de ver a Martín en los brazos de otra mujer; cuando llegue, seguramente, me cambiaré el número de teléfono, Beth, me siento morir por dentro. Tengo que entrar en el avión y me hacen apagar el móvil, me pondré en contacto con vosotras cuando llegue.

Se corta la llamada, las dos nos quedamos un momento mirándonos y sin decir nada. ¿Qué ha pasado? María ha sido muy rápida y nos ha dejado de piedra con sus llantos, suerte que he puesto el altavoz, si no, pensaría que no he escuchado bien.

Veo que Laura coge el teléfono, habla con alguien y le pide un número de móvil nuevo y que, por favor, cuide de ella, que es una buena chica, pero que se acaba de llevar el desengaño más grande de su vida, y que la mantenga informada.

—¿Con quién hablabas? —le pregunto cuando cuelga.

—Era Luca, el encargado de la bodega de la Toscana y un buen amigo, él la ayudará cuando llegue y le dará un móvil de empresa; ya me pasará el número nuevo cuando lo tenga.

—¿Te fías de Luca?

—Plenamente, el padre de Paula tiene toda su confianza depositada en él.

—Me alegro, pero tenemos que planear un fin de semana e irnos a la Toscana para consolarla un poco.

—Eso está hecho; cuando no estés de guardia, nos vamos.

El fin de semana está yendo de mal en peor, con lo bien que empezó el viernes y mira ahora, cómo estoy sufriendo por mí y por mi prima; increíble cuánto pueden cambiar las cosas en un momento. Entro ya en la farmacia para terminar la semana de guardia, menos mal que a las dos ya termino y me iré a casa de mis padres a comer con mis tíos, que es tradición comer todos juntos el domingo de la semana del cava.

Por suerte, tengo faena y la mañana me pasa volando. Voy a mi casa para recoger a Jorge, a ver si está, y ahora sí, lo encuentro durmiendo en la cama. Hago por despertarlo, pero ni se inmuta.

—Venga, despierta, que son más de las dos y nos esperan a comer en casa de mis padres.

—Ve tú, que yo no voy.

Me quedo un segundo en *shock*, no me lo esperaba.

—Están todos allí, mis padres, mis tíos, y nos esperan — reconozco que se lo digo un poco más alto de lo que debería, pero estoy perdiendo la paciencia.

—¡No me chilles! Ahora vete y déjame dormir.

Claro que me voy, si me pinchan, no saco ni gota. Que me ignore a mí ya lo tengo asumido, que no tendría por qué, y ahora esto; mi familia será como será, todas tenemos nuestras cosas, pero la familia no se puede cambiar y a él siempre lo han tratado como a un hijo y le han dado todo y más. Esta es la gota que colma el vaso.

Llego a casa de mis padres y, cómo no, todos preguntan por él, yo lo excuso argumentando que se acostó muy tarde y no se encuentra bien; una buena resaca en la semana del cava cuela y nadie se extraña, menos mi madre, ella sí que nota que me pasa algo más.

—¡Beth!, ¿me ayudas con los platos?

Sé que es una excusa para hablar conmigo, pero no puedo evitar sus preguntas.

—¿Todo va bien con Jorge? Tus palabras dicen una cosa, pero tu cara, otra bien distinta. —Cómo me conoce, es mi madre y ella siempre cuida de los suyos. Estoy cansada de mentir y hacer parecer que todo va bien.

—No, mamá, las cosas no nos van bien, pero ya te contaré, ahora están todos aquí y no es momento de dramas. Volvamos a la mesa.

Ella lo entiende, sabe que me cuesta hablar de mis sentimientos y lo respeta.

Después de la comida, cuando aún están con los cafés, me despido de todos con la excusa de ver cómo se encuentra Jorge y me voy de allí, pero no voy directamente a mi casa, doy un paseo por las viñas del pueblo; si voy por el *cavatast*,

me encontraré a mucha gente y eso ahora mismo no me apetece nada.

Llevo todo el fin de semana de reflexión, el viernes ya me levanté filosófica y todavía no he parado. Después del repaso de mis últimos meses con él, no me gusta lo que veo. Al principio no quería darme cuenta, pero por fin he abierto los ojos —me reprocho cómo he podido estar tan ciega—; si analizo este fin de semana, ha sido el peor como pareja, ni hemos hablado ni nos hemos visto y encima ni ha dormido en casa. Beth, abre los ojos, blanco y en botella, esto está muerto.

Suspiro y me empapo del aroma de las viñas una vez que están casi sin sus hojas, parecen unos palos medio muertos, pero están cogiendo fuerza para el año siguiente y resurgir de su letargo. Eso haré yo, estoy harta de estar aletargada, con miedo a decir nada para que no se enfade, estando en casa en todo momento para ver qué necesita y que no le falte el plato en la mesa, aunque no lo valore ni obtenga un «gracias». Para colmo, ahora ya ni dormimos juntos. Se acabó. Tengo la decisión tomada y la verdad es que me siento tranquila, como si estuviera a punto de soltar un peso que he estado llevando desde no sé hace cuánto.

Voy a casa, hoy sí que tenemos que hablar; cuando llego, aún está durmiendo en la cama. Levanto la persiana de la habitación para que entre la luz, se despereza y le digo:

—Vístete, que te espero en el comedor. Tenemos que hablar.

Me voy y me sorprendo de la calma que he notado en mi voz, no he sentido ganas de chillar, al menos de momento.

Oigo la ducha del baño de nuestra habitación, se está tomando su tiempo, pero no pasa nada, no hay prisa. Por fin aparece por la puerta.

—¿Por qué me has despertado?

—Ya te lo he dicho, tenemos que hablar.

—Pues tú dirás.

—No, yo diré, no, creo que esta vez somos dos los que tenemos que hablar, ya estoy harta de tener que tirar del carro yo sola.

—No me vengas a comer la cabeza, que no estoy para sermones ahora mismo.

Soplo en el interior de mi cabeza, creo que lo que quiere es sacarme de mis casillas y que me ponga a gritar, entonces se hará el ofendido, dirá que conmigo no se puede hablar y se irá. Hoy lo tengo muy claro, no lo conseguirá.

Nos miramos, me desafía con la mirada, pero yo ya no siento nada. Nada. Ni frío ni calor, solo indiferencia, ¿por qué no me habré dado cuenta antes de todo lo que me pasaba? Bueno, da igual, estamos aquí y ahora.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Domingo.

—Sí, claro, domingo 8 de octubre, ¿te dice algo esta fecha?

—No, ¿por qué?, ¿tendría que acordarme de algo?

Sus palabras me han hecho daño por qué negarlo, pero a la vez han hecho que vea la luz, por fin lo veo claro y no dudo de mi decisión. Tenía alguna esperanza de que a lo mejor hablando notaría algo en él que me hiciera volver a tener ganas de luchar por lo nuestro, pero no, él no tiene ganas de luchar por nada y es muy cobarde para admitirlo, muy cobarde para... todo.

—¿Vas a decir algo más?, porque he quedado con los chicos.

—Solo un minuto más. —En un acto reflejo, me quito el anillo, que llevo desde hace tanto tiempo en el dedo, y lo

coloco encima de la mesa; él lo sigue con la mirada—. Hoy es el día de nuestro aniversario, bueno, mejor dicho y siendo fiel a mis sentimientos, hoy habríamos cumplido diez años juntos.

Por primera vez veo sorpresa en sus ojos.

—¿Habríamos?

—Sí, ya no tengo fuerzas para luchar por algo que está roto y que ninguno de los dos quiere solucionar.

Nos miramos y nada, no siento nada.

—Creo que nos deberíamos dar un tiempo para reflexionar y ver si nos echamos de menos —dice el muy hipócrita.

—Pues yo creo que lo nuestro se ha terminado y no hay marcha atrás.

—Te veo muy segura de tu decisión y me sorprende que no me estés gritando y te lo tomes todo de manera tan racional.

—Creo que esto nuestro hace tiempo que está muerto y no vale la pena gritar por ello.

—Pues como veo que has tomado una decisión, no tengo nada que decir; tendremos que hablar cómo lo arreglamos, quién se queda en el piso y repartir las cosas.

—No te preocupes por el piso, te lo puedes quedar tú, yo me voy a casa de mis padres. Esta tarde recogeré mi ropa y lo que quede que sea mío lo recogeré la semana que viene.

—No tienes por qué correr tanto, ya iré empaquetando lo tuyo y cuando lo tenga, te aviso.

—Como prefieras, ya me dices algo.

—Pues bueno, esto es una despedida.

—Sí, se ve que sí —le digo.

Veo que se acerca a mí, ¡no pretenderá darme un beso! Ni hablar, me aparto de su camino y él se da cuenta de que no

quiero ese beso de despedida. Aunque no esté gritando ahora mismo, tengo ganas de romper cosas, de gritarle a la cara que no ha luchado lo suficiente por los dos, pero sé que ya es inútil, no serviría de nada y encima le daría la satisfacción de verme mal.

Se marcha por la puerta, mejor así, podré hacer la maleta y cargar las cosas que necesito más urgentemente en el coche.

Ya llevo tres viajes cargando el coche, hay que ver lo que vas acumulando en una casa, y eso que solo hace un par de años que vivimos juntos, pero cuando empaquetas cosas, salen a la luz recuerdos, fotos, *souvenirs*...

Estoy cerrando el maletero con mis pensamientos en otro sitio y no veo venir a mis padres; ellos están aquí, delante de mí, viendo cómo cargo una parte de mi vida.

—¿Qué hacéis por aquí?

—Tu madre se ha quedado preocupada cuando te has ido y venimos a veros.

—Pues ya veis lo que pasa. Hemos terminado y me voy de aquí.

La cara de mi padre es un poema porque no entiende nada.

Mi madre me da un breve abrazo y me susurra al oído:

—No te preocupes por nada, sabes que las puertas de nuestra casa están siempre abiertas, nosotros nos adelantamos y voy cambiando las sábanas de tu cama, que hace mucho que están puestas sin usar.

—Gracias, mamá.

Se van y en ese momento les agradezco muy mucho que no me pregunten nada, solo que me apoyen y estén a mi lado. Tengo las lágrimas a flor de piel esperando a salir de

mis ojos, pero estoy en la calle y nadie puede ver lo mal que estoy.

Llego a mi casa y mi padre me ayuda a descargar todo lo que he podido coger, lo dejo en mi habitación y me encierro en ella, aún no estoy preparada para afrontar delante de todo el mundo lo que ha pasado, necesito mi tiempo y lloro, lloro a mares.